

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

REVISTA
DE
HISTORIA CANARIA

Director: Dr. Elías Serra Ráfols, Catedrático de Historia

Tomo XXXI

La Laguna, Tenerife (Islas Canarias)

Año XL

Héroes y pueblos

Por Elías SERRA

Experiencias recientes han puesto en evidencia que todavía, para el gran público, ¡la historia es la vida de los héroes! La idea es clásica; desde Plutarco a Carlyle, pasando por todas las vidas de Césares y Reyes, la acción de ciertos hombres ha sido estimada como el verdadero motor de la historia. Claro que la reacción contra esta idea es también vieja —recordemos aquella Historia de Roma, que se cuenta que escribió Catón, en la cual el único personaje designado por su nombre era un caballo—; pero, modernamente, esta reacción ha tomado cuerpo de doctrina, y la Historia Socio-económica, hasta la historia meramente estadística, han tratado de sustituir al hombre singular por la masa anónima e inconsciente como personaje central. Seguramente en un término medio estará la virtud. Las condiciones materiales, los reflejos en la masa de estas condiciones ambientales, marcarán en amplias líneas el oleaje de la Historia. Pero sobre estas vastas oscilaciones se dibuja

un rizado más menudo, pero a veces mucho más profundo, y acaso determinante de aquellas más amplias tendencias oscilantes, que es debido a empujes individuales. Otro punto de vista intermedio, tal vez más cercano a la verdad, es el que atribuye a las minorías dirigentes —no a masas ni a individuos aislados— la orientación del devenir histórico; así lo estima, por ejemplo, un prestigioso historiador catalán, don Ramón de Abadal, en recientes manifestaciones acerca de su doctrina histórica («Serra d'Or», julio de 1967), reaccionando contra el predominio de las ideas socio-económicas del malogrado Jaime Vicens.

Traemos esto a colación con motivo de los entusiasmos, en círculos dispares pero de signo coincidente, que estos meses pasados hemos visto estallar en torno a figuras destacadas de la conquista cristiana de estas islas. Primero, la campaña galderense, o, en general gran-canaria, por homenajear los últimos restos del Guanarteme Tenesor Semidán, último rey de Gáldar, trayéndolos de donde estén a la ciudad donde tuvo su corte. Luego, la campaña pro erección de un monumento al conquistador de Tenerife, don Alonso Fernández de Lugo. Se estima que estas personalidades marcaron la historia de Canarias y, además, en sentido positivo, y que merecen homenajes tangibles de las generaciones que hoy viven felices y orgullosas en el mundo que pronto hará cinco siglos crearon estos hombres.

Nos guardaremos de manifestar discrepancia u oposición a estas iniciativas. La de los restos del Guanarteme no pudo ser, en sus inicios por lo menos, más ingenua; se buscaron los restos en Calatayud, ¡porque vagamente se sabía o creía saber que por allí estuvo don Fernando de Gáldar! Cuando los corresponsales de guerra cayeron del burro y se dieron cuenta de que, si acaso, en Calatayud pudo haber la partida de bautismo —parece que ni eso—, pero, en ningún caso, la de defunción de Tenesor, se ha buscado otra tradición, desde luego muy antigua y aun probablemente auténtica, que señala el enterramiento en la ermita de San Cristóbal, en La Laguna. Y esto provocó una malhumorada réplica de los guardadores de los prestigios tinerfeños. Por nuestra parte, siempre hemos creído que donde cae el hombre, allí debe quedar, y nunca hemos visto con simpatía los traslados de fiambres de un lado para

otro. Pero, en este caso, un oportuno artículo de Antonio Ruméu («El Día», 3 de agosto de 1967), provocado por una pregunta del periodista Álvarez Cruz, al poner los puntos sobre las íes, ha hecho ver que, aun si no hubiese razones sentimentales que se opusiesen al pretendido traslado, es ya imposible realizarlo, porque estos restos se hallarian, en el mejor de los casos, mezclados con otros varios allí mismo sepultados. Todavía por mi cuenta añadiré más: no creo que nunca tuviese la sepultura lauda alguna, que eran rarísimas en las modestas fosas canarias de entonces; ni tampoco es probable que ocupase un lugar destacado de honor en el presbiterio, donde seguramente tuvieron su último reposo los miembros de la familia Jover, nombre ortografiado Joven o Jovel aquí en Canarias, fundadores y patronos de la ermita, que en aquellos momentos apenas sería más que un cobertizo provisional, pero que debió fabricarse muy pronto, porque los críticos que suponen la obra muy posterior creo no han tenido en cuenta un detalle, la piña de mocárabes que centra el artesonado del presbiterio, que no puede ser sino de muy al comienzo del siglo XVI, pues luego se usó constantemente para este fin decorativo una jarrita italianizante. Don Fernando, y no sería él solo, tendría su sepultura en la nave, y desaparecida ésta casi totalmente, y aun rebajado el terreno que ocupó en varios metros, en las reformas del siglo pasado, solo Dios sabe, para reunirlos el Día del Juicio, dónde paran los huesos de Tenesor Semidán. Donde estén, dejémoslos en la paz que ya merecen.

No es mucho más seguro lo que sabemos de los restos del conquistador don Alonso de Lugo. De todos modos unos huesos, que pueden ser los suyos, se recogieron en un cenotafio, en la catedral de La Laguna, extraídos de la tierra que correspondió a la capilla mayor de la destruida iglesia de San Miguel de las Victorias, del convento de San Francisco, de la Ciudad. Ahora se habla de la erección de un monumento a su memoria, y aun hemos leído que ya estaba hecho en la villa de La Esperanza. La figura histórica del conquistador es muy compleja, tiene sus aspectos simpáticos y sus lados feos, pero no hay duda que reunió méritos que le hacen merecedor de un recuerdo honroso. Uno de sus partidarios y amigos, con ocasión de discutirse si debía pedirse al Rey que le mantuviese en el gobierno vitalicio de la Isla, resumió así el juicio

favorable que merecía a una buena parte de la opinión contemporánea: «Que tenga el Adelantado libremente la gobernación es en provecho de la república, porque después que han venido Tenientes nombrados por Su Alteza, ha habido muchos escándalos y cuestiones en el Cabildo, por no estar debajo de un Gobernador, y pues que los servicios del Sr. Adelantado son tan notorios a Su Alteza, por los cuales mereció no solamente tener la gobernación por los días de su vida, sino también sus descendientes, porque por tal servicio tal merced merece que se le haga, por que otros tengan gana de hacer lo que él hizo en servicio de la Corona Real, que fue vender sus haciendas y empeñar sus hijos hasta acabar de ganar las islas». Otros, todavía, además de estos méritos heroicos, recuerdan otros pacíficos, quizá no menores: «Ha procurado de poblar las islas como hoy día están [1518], especialmente ésta, y conoce a cada uno quién es y lo que merece, y así mediante justicia le hará tratar, lo que quizá no podría hacer otro».

Votamos, pues, por el monumento; pero conviene en ello andar con cuidado. Estamos en tiempos en que es bastante difícil coincidir en los trazos esenciales para una tal obra, y además tan difícil como ello es hallar el emplazamiento adecuado. De un lado estamos viendo que cuando cambia el humor de la gente —y cambia bastante a menudo—, los monumentos que parecieron más acertados son derribados y echados a la escombrera, como está pasando en la India, en África y en otras partes; y ni tanto hace falta para que las estatuas de los más nobles varones paren en algún oscuro almacén municipal, para dar lugar a una vía asfaltada o a un aparcamiento, como en Madrid ocurre de continuo. La Laguna, más discreta, aunque es pródiga en monumentos, los dedica por fortuna a poetas líricos, y un modesto y a veces elegante cipo ha sido casi siempre suficiente; esparcidos por los jardines públicos, no provocan reacciones hostiles ni estorban. Pero un conquistador no es un poeta: tiene que subir más alto, y esto ya supone un riesgo.

En fin, muchos riesgos arrojó impávido don Alonso para crear estas islas, y tal vez no será mucho que los que de su obra disfrutamos corramos alguno en su memoria. Las autoridades y los artistas tienen la palabra, si consideran que es hora de hablar.